

CAPÍTULO 2



CIUDADANÍA Y PERSONAS MAYORES



EL RETO DE LA NUEVA CIUDADANÍA. NUEVOS RELATOS Y NUEVAS POLÍTICAS PARA DISTINTAS PERSONAS MAYORES

(Artículo de Autor)

Dr. D. Joan Subirats Humet

Instituto de Gobierno y Políticas Públicas
Universidad Autónoma de Barcelona

Las personas mayores son personas que quieren participar activamente y de manera integral en la sociedad española. Una sociedad que encara este siglo con la preocupación de velar, de forma equilibrada y equitativa, por el conjunto de necesidades y expectativas de todas las personas sea cual sea su edad, género o condición. Es necesario estimular y reconocer la gran contribución de las personas mayores al bienestar del país, y el papel que han jugado y seguirán jugando en relación a la gente que les rodea, en relación a las comunidades donde viven y se relacionan, y en relación al conjunto del país y del mundo.

Estos valores y deseos contrastan con una realidad en la que más bien se considera a las personas mayores como objeto de atención, más que como sujetos dotados de autonomía, y mucho menos como personas capaces de desarrollar críticamente esa autonomía. En este artículo-ensayo se abordará este tema tratando de poner de relieve los elementos normativos (valores) que entendemos han de inspirar los aspectos sustantivos y operativos de las políticas que más afectan a ese gran colectivo de españoles. Queremos contribuir a construir nuevos relatos y, consiguientemente, nuevas políticas con y para las personas mayores.

A. INTRODUCCIÓN. NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS SITUACIONES

Existe una clara contradicción entre los cambios acelerados a los que estamos sometidos y la tenacidad con la que mantenemos una letanía de prejuicios sobre un conjunto de temas que ya no son, ni de lejos, lo que eran hace sólo unos años. Asimilamos, por ejemplo, fase adulta y ancianidad con decadencia física e intelectual. Y mantenemos horizontes temporales sobre este tema, que son día a día desmentidos por la tozudez de las cifras de esperanza de vida, de alargamiento de los ciclos vitales e intelectuales, o con la constante presencia de personas adultas y mayores activas en todo tipo de actividades y

procesos. Descubrimos cada día que las personas llegan a edades notablemente avanzadas manteniendo altas dosis de adaptación y de flexibilidad ante los cambios. Y tenemos crecientes dificultades para ubicar los hitos vitales que distinguen a niños de jóvenes, a jóvenes de adultos, o adultos de mayores, cuando además todo ello se complica según hablemos de hombres o de mujeres, de personas que viven en grandes ciudades o en zonas de baja densidad, o si se trata de personas con trayectoria laboral más o menos centrada en esfuerzos físicos y manuales.

Mantenemos asimismo estereotipos de especialización laboral-familiar que nos funcionan cada vez menos. Y seguimos especulando con continuidades y permanencias laborales que son más y más infrecuentes. Todo lo que rodea al tema de las edades, rápidamente se conecta con familia, trabajo, movilidad, cuidado, servicios..., y por tanto, «empapa» el conjunto de fases vitales de cualquier individuo. Y todo ello ha estado sometido a profundas transformaciones en los últimos tiempos. La resultante es una evidente heterogeneidad en las situaciones más básicas de trabajo, cuidado, aprendizaje y descanso.

Hemos venido funcionando desde hace tiempo con una concepción de la vida muy vinculada al trabajo. Un trabajo estructurador y estable. Un trabajo al que se consagraba la fase inicial de la formación y el aprendizaje, y del que uno salía ya casi al final de la existencia vital. Se ha usado la metáfora de las dos estaciones, verano e invierno, para caracterizar ese relato anterior de las trayectorias vitales que se configuraban desde y para el trabajo. En estos momentos, este relato resulta simple y empobrecedor en relación con trayectorias vitales mucho más complejas, heterogéneas y diversificadas. Manteniendo el símil de las estaciones, vemos cómo asume una importancia creciente la primavera como fase constitutiva del aprendizaje, anticipando adolescencia y expandiendo la juventud hacia fases que antes eran consideradas plenamente de adultos. Y necesitamos la expansión del otoño para poder encuadrar el significativo alargamiento de la vida, y la diversificación de espacios de trabajo, cuidado, aprendizaje y ocio que surgen y se multiplican en esa nueva madurez vital. Sabiendo, además, que las estaciones y sus transiciones nunca funcionan de manera automática ni maquinal, y que constantemente asistimos a mutaciones del tiempo y del clima que no dejan de sorprendernos.

Las carencias y estrecheces del relato hasta ahora hegemónico han situado a los mayores, en definitiva, como personas frágiles, necesitadas de atención, con problemas de comprensión y de movilidad,

muy limitadas en cuanto a sus posibilidades de ocio y de placer, básicamente improductivas y destinadas a acabar sus días en una institución especializada en este tipo de población dependiente. Con estos mimbres, no resulta extraño que las políticas públicas que se orientan a este gran colectivo de personas resulten esencialmente obsoletas y poco satisfactorias para sus destinatarios. Es asimismo cierto que ha ido surgiendo otro relato, no menos insatisfactorio por simplista, que sería el de la madurez dorada. Los adultos mayores, desde esa perspectiva, tendrían ante sí todo tipo de nuevas oportunidades, serían «los nuevos renacentistas» (La Vanguardia, septiembre 2009), que podrían empezar de nuevo en cuanto quisieran, dedicando tiempo y esfuerzo a nuevas inquietudes y a deseos no cumplidos. Es evidente que ése tampoco es un relato que refleje la realidad multiforme y muy desigual de las personas mayores en cuanto a recursos económicos, cognitivos o relacionales.

Necesitamos repensar con ellos y ellas estas percepciones, tratando de recomponer a las personas en su plenitud, superando la fragmentación de problemas y respuestas, y evitando tanto la infantilización (personas que padecen limitaciones significativas en su autonomía personal) como la ilusión de una etapa dorada (irreal y parcialmente sólo accesible a unos pocos). La manera de repensar esa realidad precisa partir de una concepción plena de ciudadanía, en la que podamos caber todos, sea cual sea nuestra edad, género u origen.

Necesitamos una perspectiva de ciudadanía en la que avancemos hacia una sociedad en la que podamos estar todos, cada uno desde su propia especificidad y dignidad. Y ello implica reconocer las especificidades que implican edades distintas, opciones afectivo-sexuales distintas, creencias y pautas culturales distintas, capacidades y género diferenciados... Los valores que entendemos básicos para fundamentar esta visión de ciudadanía tienen que ver con la autonomía personal, la igualdad y la diversidad, entendiendo cada uno de esos conceptos desde una perspectiva integradora no exenta de tensiones y dificultades en su articulación. Y es desde esa concepción que desplegaremos esos valores relacionándolos con las especiales características que implica una nueva visión del papel de las personas mayores en nuestra sociedad.

Ciudadanía y valores básicos para una nueva configuración de políticas públicas



Fuente: elaboración propia.

B. EL VALOR DE LA AUTONOMÍA PERSONAL

Ser mayor no significa lo mismo que ser inútil. Las personas mayores quieren seguir siendo y sintiéndose personas útiles y autónomas el mayor tiempo posible. Y esto no tiene sólo que ver con las específicas condiciones de vida y de salud de cada uno, sino que tiene que ver también con el ser útiles socialmente, realizando tareas y funciones socialmente beneficiosas que ya ahora se desarrollan, pero que no se reconocen. Quiere asimismo decir que toda etapa vital es buena para aprender y para enseñar. Compartiendo saberes. Trabajo y jubilación se han convertido en términos irreconciliables. Y no tiene por qué seguir siendo así. Los grandes cambios que se han ido produciendo en el mercado de trabajo van en la línea de introducir más precariedad, menos continuidad, más inseguridad en las condiciones de trabajo. Y se ha ido asimilando juventud con flexibilidad laboral, y gente mayor con rigidez y mayores costes laborales. No puede ello aceptarse sin más. Es preocupante que a partir de los 50-55 años se entienda que una persona ha dejado de ser significativa desde el punto de vista productivo. En la estrategia adoptada en Lisboa por la Unión Europea en el año 2000, y en cualquiera de los muchos planes de desarrollo del país, se habla al mismo tiempo de ocupación y de cohesión social. Y ésa es

una perspectiva clave. Desde esa mirada no puede admitirse que sólo se hable de la gente mayor como una posible fuente de ocupación para otros, en una lógica estricta de reemplazo.

¿Puede uno seguir trabajando al mismo tiempo que se jubila? Entendemos que sí. Sobre todo si consideramos que trabajar quiere decir generar valor. Ser útiles socialmente. Trabajamos cuando participamos en actividades voluntarias. Lo hacemos cuando cuidamos de nuestros hijos y nietos. Trabajamos cuando damos consejos sobre cómo hacer mejor esto o aquello. Trabajamos cuando ayudamos, por ejemplo, a que no se pierdan oficios, maneras de cocinar o elementos de memoria histórica. Y sabemos que esta clase de ocupaciones no comportan contraprestación económica, no incluyen salario. Creemos que haría falta no sólo aceptar esto que ya se hace, sino asimismo darle un valor social. Aunque sea como prestación que podría implicar reducciones fiscales, por ejemplo. Y también valorando esta clase de tareas con un claro reconocimiento oficial de la clase que sea. No es absurdo imaginar el que puedan contemplarse encargos puntuales a profesionales, a artesanos, a personas que quieran seguir ejerciendo sus trabajos, y permitir que los mismos tengan algún tipo de contraprestación económica no regular, con las correcciones legales y económicas que deban realizarse para evitar abusos, solapamientos y problemas con otros colectivos.

Lo importante es conseguir que el capital humano, social e intelectual acumulado por los mayores, sus conocimientos y su experiencia no se pierdan ni se dejen de lado.

Ello está bastante claro en el campo de la formación. El papel de las personas mayores como alumnos y como profesores es evidente. A todos nos queda mucho por aprender. Y en ese sentido, conviene resaltar el gran atraso de nuestro país en el tema de la formación de adultos. Hablamos de «sociedad del conocimiento», pero todavía hay un buen puñado de ciudadanos y ciudadanas a los que les cuesta seguir la lectura de un libro o no saben por dónde empezar cuando están frente a un ordenador. Es evidente lo avanzado en estos años, pero es necesario aumentar ese esfuerzo. Haciendo realidad la idea de aprendizaje a lo largo de la vida. En una sociedad como la nuestra, la educación es central, determinante por el bienestar y el progreso de su gente. Y, cuando hablamos de educación no nos referimos a enseñanza. Hablamos de la fase vital 0-100 años. Aceptar ese reto implica construir y mejorar los espacios educativos para adultos y gente mayor. Y en esa tarea serán importantes las escuelas, los institutos y las universidades.

Es tan importante poder acceder a cursos ordinarios en itinerarios que ya existan, como poder organizar cursos específicos con itinerarios formativos propios. Y esto es especialmente relevante si nos referimos al acceso a las tecnologías de información y comunicación. No es necesario insistir en el hecho de que nuestra sociedad se caracteriza, cada día más, por el papel central que juegan las nuevas tecnologías en nuestras vidas.

Si vamos dejando fuera del acceso habitual a estos medios de comunicación, información y normalidad ciudadana, a personas, sea cual sea su edad y condición, de hecho estamos cercenando sus posibilidades de autonomía y de desarrollo personal. Las personas mayores parten generalmente de condiciones educativas, formativas y físicas que hacen este acceso más difícil. La denominada fractura digital multiplica su impacto y sus dimensiones en estos colectivos, y ello obliga a afrontarlo con tanta decisión y compromiso como cuando se habla de escuela e Internet.

Es evidente que se está avanzando en el tema, pero es necesario insistir, entendiendo que ciudadanía plena y acceso digital cada vez van a ir más unidos. Hace falta invertir en equipamientos, en aulas, pero también en formadores adecuados, en equipos aptos en su configuración por las dificultades de vista o de manipulación de los aparatos. Los adelantos ergonómicos deben ir acompañados con espacios y personas que se dediquen a enseñar de manera especializada a las personas mayores en el acceso a las tecnologías de información y comunicación. El objetivo, recordémoslo una vez más, es que todos seamos más autónomos. Que nos podamos valer por nosotros mismos. Que podamos aprovechar los recursos de conocimiento, de accesibilidad y de interacción que permiten estas tecnologías y que cada día lo permitirán más y más.

C. EL VALOR DE LA IGUALDAD Y LAS CONDICIONES DE VIDA

Sabemos que el país ha mejorado muy significativamente en lo concerniente a las condiciones de vida en los últimos treinta años. Y debe valorarse muy positivamente. Pero también sabemos que las desigualdades siguen existiendo y que estas desigualdades afectan especialmente a muchas personas mayores. Los datos que manejamos nos indican que las personas mayores cada vez se acercan más al 20% de la población del país. Casi el 60% son mujeres. Muchas de esas personas

viven solas. La mayoría mujeres. Y se aproximan al 30% las personas de más de 65 años que tienen alguna clase de discapacidad. En estudios recientes se certifica que el riesgo de pobreza es casi el doble entre las personas mayores que entre otros grupos de edad. Una de cada tres personas mayores está en esta situación. Y ello afecta más especialmente a las viudas o mujeres mayores que viven solas. También es cierto que hay personas mayores que mantienen buenas o aceptables condiciones económicas y de bienestar. Pero lo que nos debe preocupar son precisamente estas desigualdades. Y especialmente las situaciones de discriminación y exclusión que sufren muchas personas mayores, con condiciones de vida muy precarias.

Hemos de ser conscientes, además, de que habitualmente existe una coincidencia fatal entre personas con frágiles condiciones de vida y personas con poca capacidad para hacerse oír. Esas personas mayores, que viven con muchas precariedades tienen derecho a ser ciudadanos como nosotros, y casi siempre permanecen invisibles. Son personas que lo tienen muchas veces difícil para pagar los servicios considerados básicos hoy en día como son el teléfono, el agua, la calefacción, la luz... Gente que cuando se les estropea algo de la casa, tiene serias dificultades para poder afrontar el coste de su reparación o la necesaria sustitución. Es importante que los servicios públicos piensen más en estas personas. En sus pequeñas y grandes coyunturas de precariedad y exclusión. De manera más diferenciada. Entendiendo quiénes son, qué les pasa, cómo podríamos ayudarlos de manera más personalizada y eficiente. Y ello sin duda tiene que ver no sólo con las instituciones públicas, sino con las entidades financieras, las grandes compañías de servicios básicos, etc. Las administraciones, las grandes compañías de servicios, o las aparentemente indispensables entidades financieras, tratan muchas veces a estas personas de manera estandarizada, distante. Trabajan con categorías, y las personas mayores acuden a pedir ayuda o a plantear sus problemas, no piensan ni se manifiestan en forma de categorías, sino que lo hacen expresando problemas, casos, peripecias... Y es en ese, a veces, diálogo de sordos, en el que la equidad está en juego. Y es en esos instantes de cotidianidad cuando deberíamos poner en práctica la responsabilidad social de la que alardean entidades, empresas e instituciones.

En este contexto no podemos dejar de hablar de seguridad, o mejor, de seguridades. Las incertidumbres aumentan cada día. Mucha gente se siente más frágil, más vulnerable ante cambios que se suceden con gran rapidez y que alteran profundamente las formas de vida y las relaciones interpersonales. Muchas veces las personas mayores se

ven afectadas de manera más intensa por estas sensaciones de riesgo. Sufren inseguridades en la calle, en sus pautas de consumo. Sufren presiones vinculadas a su condición de arrendatario, provocadas por el fuerte aumento de los precios de la vivienda. Pueden tener la sensación de que su aislamiento o soledad las puede dejar más indefensas ante la presencia de extraños. Y como sabemos, pueden sufrir incluso presiones y violencia de personas próximas por temas económicos o surgidos de la convivencia diaria.

Ante ello, lo importante es ser conscientes de estas vulnerabilidades. Evitando respuestas que tiendan simplemente a incrementar una seguridad extensiva y abusiva, y tratando más bien de prevenir y ayudar para que personal y colectivamente podamos sentirnos más seguros. Seguros en las condiciones de vida, en el mantenimiento de las viviendas, seguros con los recursos básicos que todos tenemos derecho a tener y seguros también en nuestra integridad física y material. Ello debe implicar no separar las inseguridades unas de otras. Viendo conjuntamente, administraciones y cuerpos de seguridad, cómo hemos de actuar entre todos para prevenir y responder mejor a estas fragilidades. No todo el mundo sufre igual estas vulnerabilidades. Como bien sabemos, tratar equitativamente a la gente no quiere decir tratar a todo el mundo igual. Implica tratar de manera diferente a aquellas gentes, aquellas situaciones que son diferentes, porfiando al mismo tiempo para que todo el mundo llegue a niveles de servicios y de calidad que sean similares.

Desde esta perspectiva, la salud es básica. Cuanto mayor es una persona, más dependiente es de sus condiciones de salud. Y en este sentido, una vez más, la clave es la autonomía personal. La autonomía personal es el punto clave de la dignidad individual de cada quien. Y esa autonomía ha de poder desplegarse para poder convertirse en autonomía crítica, es decir, para no tener que aceptar de manera incondicional lo que te dicen, lo que te aconsejan o lo que condicionan. Ésa es la clave de bóveda para que alguien pueda considerarse libre, el reconocimiento de su condición de sujeto, de ciudadano.

D. EL VALOR DE LA DIVERSIDAD: RECONOCIMIENTO Y DIGNIDAD

En el caso específico de las personas mayores, y de manera general, sabemos que para garantizar la autonomía individual de una persona que empieza o afronta la última parte de su vida, deberemos considerar de manera especial aspectos relativos a salud y movilidad, pero

también relativos a su formación, vivienda, y capacidad de plantearse autónoma y críticamente su propia realidad. Sabemos también que no todo el mundo llega a ciertas etapas vitales en las mismas condiciones económicas, culturales y de arraigo e inserción social. Tratar de manera diversificada las claras situaciones de desigualdad existentes entre las personas mayores es una garantía de que luchamos de forma adecuada para garantizar la igualdad de las personas mayores. Y por lo tanto, deberemos ir clarificando qué quiere decir ser ciudadano y persona mayor en un país que cada vez debería ser más capaz de reconocer y tratar con igual dignidad la diversidad de opciones vitales, sexuales, culturales y religiosas.

Ello exige un notable compromiso social en relación al futuro de las personas mayores en España. Tras muchos decenios de autoritarismo, de manipulación y de ocultamiento de la voluntad popular, disfrutamos desde hace ya treinta años de un sistema político que con todos sus defectos, sabemos que es el que mejor puede permitirnos expresarnos y que nuestra voluntad sea representada. Pero este compromiso con la democracia no debería hacernos perder de vista que esta democracia, aquí y ahora, haría falta mejorarla y hacerla más receptiva a la voz de los que no tienen voz. Hacerla más capaz de responder a las necesidades y demandas de los que menos capacidades y recursos tienen. Y es evidente que muchas personas mayores se sienten poco escuchadas y poco acompañadas en relación a sus necesidades y desazones. Deberíamos pues caminar hacia una mejora sustancial en las formas e instancias de participación de las personas mayores en España. Una participación que no sólo permita que se oiga su voz específica, que se expresen así sus demandas y puntos de vista, sino que asegure también que se puede avanzar en la transformación y mejora de la calidad de vida de las personas mayores.

Parece indudable que existe un gran potencial de participación de las personas mayores en España, pero es importante que entendamos que participar quiere decir no sólo hablar, discutir y debatir, por importante que sea todo ello. Participar tiene que implicar avanzar de manera concreta en la mejora y en la transformación de la realidad social de las personas mayores en España. Y para ello es necesario que los órganos de participación que ya existen, y que probablemente hace falta fortalecer y reforzar, no sólo sean informados de lo que se quiere hacer por parte de los poderes públicos, sino que las personas mayores, sus organizaciones y representantes, puedan compartir la definición de los problemas que les afectan y colaborar en la búsqueda de las soluciones u oportunidades de mejora.

Sería asimismo relevante que el mundo empresarial avanzara hacia una visión más flexible y responsable de lo que implica su arraigo al país. Las personas mayores, como ya hemos dicho de forma reiterada, no pueden considerarse como personas improductivas o superfluas. Sus actividades, su utilidad social alcanza, como bien sabemos, un valor que va mucho más allá de lo que el mercado por ahora considera como productivo o rentable. Las personas mayores, con toda su variedad de situaciones, recursos y capacidades, deberían poder exigir que se les reconozca su aportación pasada, presente y futura al bienestar colectivo. Aportación que se expresa ahora mediante múltiples formas: participación en procesos de aprendizaje; contribución en tareas de valor social y colectivo; funciones de cuidado y atención; servicios de mantenimiento de la convivencia urbana y rural; transmisión de conocimientos tácitos y explícitos; presencia activa en dinámicas mercantiles, sociales y económicas, etc.

Su utilidad es indudable. Lo son porque entendemos que toda persona lo es. Y lo son porque sabemos que saben. Sabemos que han ido acumulando experiencias, aprendizajes, capacidades y conocimientos que pueden ser útiles a los demás. Útiles a las empresas, útiles a los poderes públicos, útiles al lugar donde viven, útiles a sus vecinos, útiles a su familia. También sabemos que no lo saben todo. Y que por lo tanto, muchos de ellos están ansiosos por aprender. Conocer. Acercándose así a saberes y conocimientos a los que no han podido acceder antes. Y en ese sentido, la lógica de relación y de abordaje de este tipo de cuestiones no puede seguir siendo jerárquica. Las personas mayores quieren aprender y enseñar. Quieren enseñar y aprender. Quieren ayudar y que se les ayude. No desean ser vistas como personas que sólo son objeto de ayuda y atención dada su implícita situación de dependientes. De hecho, todos somos de alguna manera dependientes, o mejor dicho, interdependientes.

Los niños y jóvenes lo son también. Lo son los adultos. Y cada uno lo es de una manera propia y específica. Es evidente que cuando se llega a los últimos años de la vida, la autonomía funcional mengua y ello exige más ayuda, más apoyo. Y en este sentido celebramos que en España se haya avanzado en el reconocimiento del derecho a la promoción de la autonomía personal como un derecho de carácter universal. Pero es importante recordar que, como hemos dicho, en cada fase vital cada persona es de alguna manera dependiente de las otras. E incluso en los momentos finales de la vida de una persona, su familia sigue dependiendo de él o ella. Por ejemplo, tienen interés en saber lo que sabe el que se va, el que los va a dejar. Quisieran seguir contando con él o ella.

Todo ello nos obliga a repensar la manera como se presenta la vejez en los medios de comunicación. Muchas veces se les presenta como personas poco flexibles, rígidas, poco dispuestas a aceptar los cambios, y más bien decadentes y pasivas. Es preciso ser conscientes de que la realidad es una construcción social que se forma sobre todo en los medios de comunicación. Deberíamos pues esforzarnos en que las personas mayores cuenten con más y mejores canales de expresión, maneras más específicas y dignas de estar presentes. Interlocutores que reconozcan y conozcan esa realidad. Ello no tiene por qué implicar tener espacios específicos, aunque puedan ser necesarios en ciertos casos. Sino, sobre todo, estar presentes, de manera natural y no sesgada, en el día a día de los medios y también en los espacios de publicidad. No por debajo de otros colectivos que hoy son objeto de atención especial, como por ejemplo los temas vinculados al género o la diversidad étnica.

Reconocer esta diversidad, tratar con dignidad las especificidades de las personas mayores es pues importante. Pero también lo es, hablando de diversidad étnica, el entender y reconocer cómo ha ido cambiando nuestro país en los últimos años. España es cada vez más diversa. Y no podemos más que celebrarlo. Tenemos la suerte de vivir en un país que ha ido demostrando que es capaz de acoger y ayudar a seguir adelante a la gran mayoría de los que han llegado. Todo el mundo va acomodándose, encontrando su lugar. Debemos ser capaces de hacer un país acogedor para todos ellos. Un país que respete y sea respetado. Pero más allá de estos principios generales, la diversidad étnica y religiosa se expresa y se expresará también en la forma como abordar específicamente la relación y la atención a las personas mayores procedentes de otros horizontes físicos y culturales.

Deberíamos saber cómo reaccionar ante esta realidad. Las mujeres mayores se merecen ser reconocidas en sus especificidades. En sus valores propios. Las mujeres mayores acostumbran a dar de manera menos traumática el paso de la vida laboral activa a la fase de la jubilación. Venimos de una época en la que las mujeres trabajaban en casa y los hombres salían a ganar el pan fuera del hogar. Ahora sabemos que las cosas son cada vez menos así. Ya que tanto los hombres como las mujeres trabajan fuera de casa. Pero también sabemos que en casa siguen trabajando mucho más las mujeres que los hombres. Las mujeres mayores mantienen notables continuidades en la asunción de responsabilidades básicas para la convivencia familiar, para el bienestar y el cuidado de los suyos. Y es preciso tenerlo en cuenta y reconocerlo en el valor inmenso que tiene. Viven más años y viven más solas. Y esto también hace falta que se tenga en cuenta, tanto con las ayudas eco-

nómicas específicas como con recursos de apoyo y de atención para esas mujeres que lo han dado todo por los suyos y lo siguen haciendo mientras pueden.

Como decíamos, empezamos a tener inmigrantes que podemos incluir en la categoría de personas mayores. La mayoría nos llegan por reagrupamiento familiar. Pero, en unos cuantos años más, su número lógicamente aumentará. Y hemos de ser conscientes de lo que ello implica. Mucha de la gente que llega de lejos trae con ellos una consideración especial por la gente mayor y por su papel en las familias. Deberíamos saber aprovecharlo para ayudar a que, en conjunto, podamos entendernos mejor y que podamos aceptarnos cada uno desde su propia identidad y desde la identidad compartida. Ellos van conociendo nuestras costumbres, nuestra manera de hacer. Nosotros debemos reconocer su dignidad, su valor al dejar sus tierras y buscar un futuro mejor para ellos y sus familias. Todos sabemos que el tema no es simple. Cambiar de país quiere decir aceptar costumbres y maneras de hacer que no son exactamente las propias, pero también debería implicar encontrar comprensión y reconocimiento por lo que cada uno es. Nos hemos de ir acomodando unos a los otros. Integrarnos todos juntos en un mundo que cambia muy rápidamente. Ayudarnos unos a otros para hacerlo con los menores traumas posibles.

E. IMPLICACIÓN COLECTIVA Y COMPROMISO CIUDADANO

La plena inserción de las personas mayores en la sociedad española no pasa sólo por tener garantizadas unas condiciones de vida dignas, disfrutar de la autonomía individual y ver reconocida nuestra especificidad personal y colectiva. Cuando afirmamos que las personas mayores tienen el derecho a gozar de una ciudadanía plena y a participar activamente de manera integral en nuestra sociedad, ello implica que los mayores no pueden seguir siendo simples objetos de atención y de administración. Implica que han de estar presentes en las dinámicas sociales y políticas de cada ciudad y de cada comunidad. En muchas ciudades y pueblos se han ido constituyendo consejos de representación de la gente mayor. Hace tiempo que los mayores participan activamente en la dirección y gestión de muchos de sus centros y lugares de reunión. Pero detectamos también muchas barreras, muchas reticencias para que puedan ejercer plenamente su condición de ciudadanos responsables en el variado conjunto de las instituciones del país. Se-

guramente otros colectivos, otras personas de edades diferentes, tienen las mismas percepciones. Y por tanto, no queremos decir con ello que este tema de la participación y la implicación en los asuntos colectivos sea un tema que sólo afecta a los mayores. Pero, hecha esta salvedad, ello no implica que no existan especificidades propias del colectivo de mayores en el problema más general de mejorar la calidad de funcionamiento de nuestra democracia. Participar en la vida comunitaria es, desde nuestro punto de vista, tan importante como pueda ser tener buena salud y disponer de recursos suficientes por vivir dignamente. Una persona activa y sana es, al mismo tiempo, una persona implicada en lo que la rodea, en el bienestar individual y colectivo. Deberíamos pues aprovechar mejor nuestras potencialidades, fuerzas y capacidades. Y muchas veces vemos cómo a los mayores se les trata también, en este aspecto cívico y participativo, como personas que están ya de retirada. Hace falta impulsar el papel activo de las personas mayores en el deporte, en las relaciones afectivas, en el preocuparse por mejorar las capacidades educativas y tecnológicas, evidentemente. Pero también hace falta impulsar y canalizar el activismo, las ganas de hacer y de servir de las personas mayores en los espacios públicos, en la esfera del voluntariado, en la capacidad de hacer cosas por los demás. En temas como la sostenibilidad y la defensa del medio ambiente, donde muchas veces la gente mayor puede ayudar tanto o más que otras, a partir de su conocimiento del país, de sus paisajes, de sus recursos básicos, de una vida que de manera natural ha tendido a aprovechar y recuperar cosas y recursos, una manera de vivir que ha sido sostenible sin que muchas veces se haya sido consciente de ello, o simplemente denominándolo de otra forma.

¿Podríamos pues pensar en maneras de potenciar la presencia activa de la gente mayor en ámbitos de servicios necesarios para la comunidad sin que esto implique intrusismo laboral? ¿No deberíamos pensar en cómo aprovechar el potencial de experiencia y ganas de hacer cosas de tanta gente útil que dispone de tiempo, recursos y capacidades? Sabemos de experiencias muy positivas en que, de manera intergeneracional, jóvenes, adultos y mayores han trabajado conjuntamente para hacer avanzar iniciativas necesarias para sus comunidades. Haría falta poner en valor estas experiencias. Sistematizarlas y favorecer el aprendizaje cruzado entre grupos y entidades. Es evidente que cuando hablamos de actividades formativas o de ocio nos fijamos más bien en el contenido de estas experiencias, pero haría falta ver también la gran aportación que se hace de manera implícita al bienestar colectivo, a la cohesión social, cuando la gente se va a buscar para ir juntos a los

actos, cuando se preocupan del que no ha podido venir, cuando visitan al que está enfermo, cuando se hacen avanzar iniciativas para mejorar aquel o aquel otro aspecto.

Lo cierto es que muchas veces nos cuesta salir de la realidad generacional de cada quien, pero cada vez hay más gente dispuesta a ver de manera más amplia la acción colectiva y social de las personas mayores y hace falta aprovechar este impulso. Las iniciativas y las posibilidades de acción son múltiples y plurales. Los mayores disponen de organizaciones propias y de segundo nivel que agrupan a miles y miles de personas en España. Centros, aulas de gente mayor, sindicatos, federaciones, son espacios de representación que pueden aprovecharse. Y sin duda es decisivo el papel que pueden jugar los gobiernos locales aprovechando las oportunidades que les da la proximidad para incrementar su presencia activa, superando la necesaria pero insuficiente visión estrictamente representativa. Y esto puede querer decir, por ejemplo, que se puedan ir asumiendo de manera directa y autogestionaria sus propios centros y entidades.

Es preciso ir demostrando y asumiendo que las personas mayores no pueden ser sólo un objeto de gestión, sino que también pueden ser sujetos y protagonistas de esta gestión. Si queremos que el hecho de participar de las personas mayores tenga la dimensión que entendemos es necesaria, ello quiere decir relacionar más estrechamente representación y participación, participación y transformación de las condiciones de vida de su propio entorno y de la comunidad que las acoge. Muchas veces se dice cuando se habla de participación que siempre son los mismos los que concurren a las convocatorias. Y ello sucede al acostumbramos a entender el participar como ir a reuniones, el escuchar, hablar, debatir, llegar a acuerdos y volver a reunirnos. Mucha gente, y no sólo las personas mayores, por participar entiende hacer cosas. Entiende participar como hacer que las cosas que se hacen sirvan para algo. Y sobre todo que ellos y ellas puedan ser útiles, activos, y no sólo espectadores de un llamado proceso participativo. No se puede ir repitiendo un formato de participación que es accesible sólo para unos cuantos.

Deberemos pensar nuevas maneras de hacerlo. Formatos más ágiles, activos, limitados en el tiempo y donde todo el mundo sea potencial y realmente protagonista. Y ello quiere decir ampliar el sentido de la participación a las cosas del día a día. Ayudarse, cuidar unos de los otros, cuidar los espacios públicos comunes, colaborar con las escuelas, hacer de voluntarios por el civismo, estar presentes en los grandes debates globales relacionados con la paz, la cooperación internacional, la ayuda a los más desvalidos... La política institucional es tam-

bién importante pero no es el único escenario de participación de las personas mayores. En la política entendida en el sentido más estricto y convencional, también pueden estar los mayores. De hecho ya hay gente que se implica y eso está muy bien. Creemos que hace falta estimular que haya más personas mayores que sean activas en la política institucional. Muchas veces parecería que es mejor que los políticos sean jóvenes y se sigue manteniendo la confusión entre renovación de la política y la edad de los que la practican. Cambiar las cosas no es un atributo exclusivo de los jóvenes. Los mayores también quieren cambiar las cosas que no les gustan. No son conservadores por ser mayores. Quieren las cosas que funcionan, saben que los cambios repentinos muchas veces son poco duraderos, pero pueden ser tan entusiastas como cualquiera para ayudar a modificar aquello que no funciona. A las reuniones del Foro Social Mundial han asistido mayores españoles que reivindican que otro mundo es posible. Así lo entendemos. Y pensamos asimismo que también es posible otra manera de entender a las personas mayores.

J. Subirats

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

1. Desarrollo de un nuevo concepto (o perfil) de la persona mayor en la sociedad más ajustado a los derechos que como ciudadano le corresponden.

- a) Estimular y reconocer la gran contribución de las personas mayores al bienestar del país, y el papel que han jugado y seguirán jugando en relación a sus familias, a las comunidades donde viven, y al conjunto de la sociedad.
- b) Reconponer, con la participación de ellos mismos, las percepciones que sobre la persona mayor existen en la actualidad, partiendo de una concepción plena de ciudadanía, en la que han de caber todos, sea cual sea nuestra edad, género u origen y evitando tanto la infantilización (personas que padecen limitaciones significativas en su autonomía personal) como la ilusión de una etapa dorada (irreal y parcialmente sólo accesible a unos pocos).
- c) Reconocer la diversidad entre las propias personas mayores y tratar con dignidad sus especificidades y de manera diversificada las claras situaciones de desigualdad existentes, promoviendo el respeto a esta diversidad de opciones vitales, sexuales, culturales y religiosas, como en el resto de la sociedad.
- d) Incorporar en el enfoque de las políticas sociales una perspectiva no sólo individual, sino también familiar y comunitaria, buscando lógicas más de acompañamiento y reorganizando los mecanismos de provisión de servicios para hacerlos más intersectoriales y más próximos a las personas mayores.